

Cuando abro tembloroso
los diarios a la luz de la mañana
y veo, de repente,
en una de las páginas,
la vaga imagen de algún viejo amigo
que se ha marchado a la región lejana
a donde yo también iré muy luego,
doblo el diario y me quedo
sumergido en la pena que me asalta.

Pero mi nieto que a besarme viene
en cuanto se levanta,
me mira inquieto, se impacienta y dice:
«Veamos a Tarzán que está en la jaula
del león y a Quintín y a los tres magos».
Y yo entonces aparto la mirada
del retrato que evoca
todo un poema de mi edad pasada,
y con la voz opaca por la angustia,
le leo las historias encantadas;
y mientras boga el niño
sobre la frágil barca
que conduce su alegre fantasía,
yo con los ojos húmedos de lágrimas,
y el corazón henchido de amargura,
me quedo solo en la desierta playa.

LAS MUJERES ESTÁN LEJOS.

<https://doi.org/10.29393/At210-9MLDI10009>

Luis Meléndez, eximio dibujante, que a través de la maravilla siempre original y novedosa de sus líneas ha demostrado una rica y fina fantasía, es también un buen novelista. Antes, hace más o menos diez años atrás publicó una novela, «Torre de Marfil», que fué seguramente un tanteo para emprender una

obra de mayor aliento. De más fuerte trabazón humana, de mayor solidez conceptual, aunque sin sujetarse a ninguna regla ni escuela determinada,

Meléndez ha situado el escenario de su relato en la pampa del salitre, pero con esto no ha pretendido pintar el ambiente de esa región, describiendo las faenas y los diferentes aspectos de la vida en el desierto. Sólo trata incidentalmente este aspecto. Le preocupa el hombre con sus ambiciones y preocupaciones, haciendo resaltar principalmente el hecho de que allí las mujeres producen mayor inquietud, pues están lejos de las posibilidades de aquellos que tienen que conquistarlas. No es sólo la aridez de la tierra, allá en el desierto, la que produce angustia sino también la ausencia de la mujer a quien rondar y sitiar, para hacer más amable o más intensa en emociones, la vida monótona de la pampa.

Y entonces los hombres hablan, discuten, plantean problemas en que siempre aflora esa inquietud subterránea que los está trabajando. No pueden disimular de que las ideas, ya sea como inquietud puramente intelectual o como medio de pasar el tiempo, no es el motivo principal de sus conversaciones. Hay a través de ellas una obsesión de la cual no puede desprenderse. Y tiene que ser así, pues lo contrario sería lo absurdo.

«Las mujeres están lejos» sitúa a su autor, Luis Meléndez, entre aquellos escritores para quienes el ambiente casi no tiene importancia. Sólo le interesa el hombre y sus conflictos.